

8 de julio de 1974

*Limitación de la historia e inmensidad del mundo  
campesino\**

Querido Calvino:

Maurizio Ferrara dice que añoro una «edad de oro», tú dices que añoro la «Italieta»: todos dicen que añoro algo, haciendo de esa añoranza algo negativo y por lo tanto un blanco fácil.

Lo que añoro (si se puede hablar de añoranza) lo he dicho claramente, aunque en verso (*Paese Sera*, 5-1-1974). Es normal que otros hayan hecho como que no lo entendían. Pero me sorprende que no hayas querido entenderlo tú (que no tienes razones para ello). ¿Añorar la Italieta yo? ¡Pero entonces no has leído un solo verso de las *Cenizas de Gramsci* ni de *Calderón*, no has leído un solo renglón de mis novelas, no has visto un solo encuadre de mis películas, no sabes nada de mí! Porque todo lo que he hecho y soy, excluye por su naturaleza que pueda añorar la Italieta. A no ser que pienses que he cambiado radicalmente, lo cual forma parte de la psicología milagrera de los italianos, pero justamente por eso me parece indigno de ti.

La Italieta es pequeñoburguesa, fascista, democristiana; es provinciana y está al margen de la historia; su cultura es un humanismo escolar, formal y vulgar. ¿Cómo voy a añorar todo eso? En lo que a mí respecta, esta

\* En *Paese Sera* con el título «Lettera aperta a Italo Calvino: P: quello che rimpiango» (Carta abierta a Italo Calvino: P: lo que añoro).

Italieta fue un país de guardias que me detuvo, me procesó, me persiguió, me atormentó y me linchó durante casi dos décadas. Un joven puede no saber esto. Pero tú no. Es posible que yo haya tenido ese mínimo de dignidad que me ha permitido ocultar la angustia de alguien que todos los días, año tras año, esperaba la llegada de la citación de un tribunal y sentía terror al pasar delante de un quiosco, para no leer en los periódicos atroces noticias escandalosas sobre él. Pero si yo puedo olvidarme de todo esto, tú, en cambio, no debes olvidarlo...

Por otro lado esa Italieta, en lo que a mí respecta, no ha quedado atrás. El linchamiento sigue. Acaso el que lo organice ahora sea el *Espresso*, lee la breve nota de introducción (*Espresso*, 23-6-1974) a algunos comentarios sobre mi tesis (*Corriere della Sera*, 10-6-1974), una nota en la que se burlan a costa de un título que yo no escribí, se sacan conclusiones jocosas a partir del texto, naturalmente deformándolo a su antojo, y al final se arroja sobre mí la sospecha de ser un nuevo Plebe<sup>1</sup>, algo de lo que sólo suponía capaces a los sinvergüenzas de *Borghese*.

Sé bien, querido Calvino, cómo transcurre la vida de un intelectual. Lo sé porque, en parte, también es *mi* vida. Lecturas, soledades en el estudio, círculos por lo general de unos pocos amigos y muchos conocidos, todos intelectuales y burgueses. Una vida de trabajo y sustancialmente modosa. Pero yo, como el doctor Hyde, tengo otra vida. Cuando vivo esa vida tengo que romper las barreras naturales (e inocentes) de clase. Atravesar las paredes de la Italieta y entrar en otro mundo: el mundo campesino, el mundo subproletario

<sup>1</sup> Armando Plebe (1927), filósofo que pasó del marxismo al antimarxismo. Fue senador del neofascista MSI (Movimiento Social Italiano) (N.T.).

y el mundo obrero. El orden en que menciono estos mundos obedece a la importancia de mi experiencia personal, no a su importancia objetiva. Hasta hace unos años era el mundo preburgués, el mundo de la clase dominada. Sólo por simples motivos nacionales o, mejor dicho, estatales, formaba parte del territorio de la Italieta. Más allá de esta pura y simple formalidad, este mundo no coincidía en absoluto con Italia. El universo campesino (al que pertenecen las culturas subproletarias urbanas y, hasta hace pocos años, las de las minorías obreras, que eran auténticas minorías, como en Rusia en el 17) es un universo transnacional, que incluso no reconoce las naciones. Es el resto de una civilización anterior (o de un conjunto de civilizaciones anteriores muy parecidas entre sí), y la clase dominante (nacionalista) modelaba aquel resto conforme a sus intereses y fines políticos (para un habitante de Lucca, como por ejemplo De Martino, la nación, ente extraño, primero fue el reino borbónico, luego la Italia piemontesa, luego la Italia fascista y por último la Italia actual, sin solución de continuidad).

Este ilimitado mundo campesino prenatal y preindustrial, que sobrevivió hasta hace unos años, es lo que añoro (no en vano paso todo el tiempo que puedo en países del Tercer Mundo, donde aún sobrevive, aunque el Tercer Mundo también está entrando en la órbita del llamado Desarrollo).

Los hombres de este universo no vivían en una *edad de oro* y tampoco estaban integrados, como no fuera formalmente, en la Italieta. Vivían en la que Chilanti ha llamado la *edad del pan*: eran consumidores de bienes de primerísima necesidad. Lo cual, quizás, hacía que su vida pobre y precaria fuera de primerísima necesidad. Mientras que los bienes superfluos tornan

superflua la vida (dicho de un modo muy elemental, y para rematar este razonamiento).

De todos modos, el que yo añore o deje de añorar ese universo campesino es asunto mío. No me impide ejercer mi crítica sobre el mundo actual *tal como es*, incluso con más lucidez, pues me siento ajeno a él y acepto sólo estoicamente vivir en él.

He dicho, y lo repito, que la aculturación del Centro consumista ha destruido las culturas del Tercer Mundo (sigo hablando a escala mundial, y por lo tanto también me refiero a las culturas del Tercer Mundo muy semejantes a las culturas campesinas italianas): el modelo cultural que se ofrece a los italianos (y a todos los hombres del planeta) es único. La conformación de este modelo se produce ante todo en la vivencia, en lo existencial, y por lo tanto en el cuerpo y el comportamiento. Ahí es donde se experimentan los valores, aún sin expresar, de la nueva cultura de la civilización de consumo, es decir, del nuevo totalitarismo, el más represivo que se haya visto nunca. En lo que respecta al lenguaje verbal, toda la lengua se reduce a lengua comunicativa, con un empobrecimiento tremendo de la expresividad. Los dialectos (¡los idiomas maternos!) quedan alejados en el tiempo y el espacio. Los hijos se ven obligados a no hablarlos, porque viven en Turín, Milán o Alemania. Allí donde todavía se hablan, han perdido por completo su capacidad inventiva. Ningún chico de las barriadas romanas sería capaz, por ejemplo, de entender la jerga de mis novelas de hace diez o quince años; e ¡ironía del destino! tendría que consultar el glosario del final, como un buen burgués del Norte.

Naturalmente, esta «visión» mía de la nueva realidad cultural italiana es radical; aborda el asunto como

un fenómeno global, no sus excepciones, sus resistencias, sus supervivencias.

Cuando hablo de homologación de todos los jóvenes, desde su cuerpo y su comportamiento hasta su ideología *inconsciente y real* (el hedonismo consumista), lo que hace que un joven fascista no se distinga de *todos* los demás, enuncio un fenómeno general. De sobra sé que algunos jóvenes se distinguen. Pero se trata de jóvenes pertenecientes a nuestra propia minoría selecta, y condenados a ser aún más desgraciados que nosotros —y por ello, probablemente también mejores—. Lo digo por una alusión (*Paese Sera*, 21-6-1974) de Tullio De Mauro, quien, después de olvidarse de invitarme a un congreso lingüístico en Bressanone, me regaña por no haber asistido: allí, dice, habría conocido a varias docenas de jóvenes que contradecían mis tesis. Es como decir que si varias docenas de jóvenes usan la palabra «heurística», significa que 50 millones de italianas la usan.

Dirás que los hombres siempre han sido conformistas (todos iguales entre sí) y que siempre ha habido minorías selectas. Te contesto que sí, que los hombres siempre han sido conformistas y se han parecido en lo posible unos a otros, pero con arreglo a su clase social. Y dentro de esta distinción de clase, con arreglo a sus condiciones culturales particulares y concretas (regionales). Hoy, en cambio (y aquí interviene la «mutación» antropológica), los hombres son conformistas e iguales entre sí *con arreglo a un código interclasista* (estudiante igual a obrero, obrero del Norte igual a obrero del Sur) por lo menos potencialmente, en el afán de uniformarse.

Por último, querido Calvino, querría señalarte algo. No como moralista, sino como analista. En tu apresurada respuesta a mis tesis en el *Messaggero* (18 de

junio de 1974) se te ha escapado una frase doblemente desafortunada. Se trata de la frase: «A los jóvenes fascistas de hoy no los conozco y espero no tener ocasión de conocerlos». Pero: 1) seguramente no tendrás nunca esa ocasión, porque si te tropiezas con jóvenes fascistas en el compartimiento de un tren, en la cola de una tienda, por la calle, en un salón, *no los reconocerías*; 2) hacer votos por no conocer nunca a unos jóvenes fascistas es un grave error, porque deberíamos hacer lo posible por detectarlos y encontrarnos con ellos. No son los representantes fatales y predestinados del Mal, *no nacieron para ser fascistas*. Nadie —cuando llegaron a la adolescencia y fueron capaces de escoger, según vaya usted a saber qué razones y necesidades— les ha puesto la marca racista de fascistas. Es una forma atroz de desesperación y neurosis lo que impulsa a un joven a hacer esa elección; y quizás habría bastado con una pequeña experiencia distinta en su vida, con un simple encuentro, para que su destino hubiera sido distinto.

11 de julio de 1974

*Ampliación del «boceto» sobre la revolución  
antropológica en Italia\**

...

Los intelectuales siempre tendemos a identificar la «cultura» con nuestra cultura, y por lo tanto la moral con nuestra moral y la ideología con nuestra ideología. Esto significa: 1) que no usamos la palabra «cultura» en el sentido científico; 2) que así expresamos cierto racismo irreducible hacia quienes tienen, precisamente, otra cultura. La verdad es que gracias a mi vida y mis estudios, he podido librarme bastante de caer en estos errores. Pero cuando Moravia me habla de gente (es decir, prácticamente todo el pueblo italiano) que vive en un nivel premoral y preideológico, me demuestra que ha caído de lleno en estos errores. Lo premoral y lo preideológico sólo existen si se supone la existencia de una sola moral y una sola ideología histórica justa; que sería la nuestra, la burguesa, la suya, de Moravia, o la mía, de Pasolini. Pero en realidad lo premoral y lo preideológico no existen. Simplemente existe otra cultura (la cultura popular) o una cultura anterior. Sobre estas culturas se implanta una nueva opción moral e ideológica: por ejemplo, la opción marxista, o bien la opción fascista.

Esta opción es fundamental. Pero no lo es todo. En efecto, tal como observa el propio Moravia, no debe

\* En *Il Mondo*, entrevistado por Guido Vergani.

juzgarse en sí misma, sino por sus resultados teóricos o prácticos (el cambio del mundo). ¿Cómo es posible que ciertas opciones justas —por ejemplo, un marxismo maravillosamente ortodoxo— den unos resultados tan horriblemente equivocados? Exhorto a Moravia a pensar en Stalin. Por mi parte, no tengo la menor duda: los «crímenes» de Stalin son el resultado de la relación entre la opción política (el bolchevismo) y la cultura anterior de Stalin (es decir, lo que Moravia llama, con desprecio, premoral o preideológico). Por otro lado, no hace falta recurrir a Stalin, a su opción justa y a su fondo cultural campesino, clerical y bárbaro. Hay infinidad de ejemplos. Yo también, según Maurizio Ferrara (que me hace en *l'Unità* la misma crítica que Moravia, es decir, me recuerda severamente el valor esencial y definitivo de la opción), he escogido una opción justa, pero la he aplicado mal, según parece a causa de mi irracionalidad cultural, es decir, de la cultura anterior en la que me he formado.

Ahora vamos a multiplicar por millones estos casos individuales. Millones de italianos han hecho su elección (bastante esquemática): por ejemplo, millones de italianos han optado por el marxismo, o al menos por el progresismo, mientras que otros millones de italianos han escogido el clericalfascismo. Estas opciones, como ocurre siempre, están incluidas en una cultura. Que es, precisamente, la cultura de los italianos. Pero mientras tanto la cultura de los italianos ha cambiado por completo. No, no lo ha hecho en las ideas expresadas, en la enseñanza, en los valores defendidos conscientemente. Por ejemplo, un fascista «modernísimo», es decir, motivado por la expansión económica italiana y extranjera, sigue leyendo a Evola. La cultura italiana ha cambiado en la vivencia, en lo existencial, en lo concreto. El cam-

bio consiste en que la vieja cultura de clase (con sus divisiones netas: cultura de la clase dominada, o popular, y cultura de la clase dominante, o burguesa, cultura de las minorías selectas) ha dado paso a una nueva cultura interclasista que se expresa a través del modo de ser de los italianos, a través de su nueva calidad de vida. Las opciones políticas que se nutrían del viejo mantillo cultural eran una cosa, las que se nutren de este nuevo mantillo cultural son otra. Un obrero o un campesino marxista de los años cuarenta o cincuenta, en el supuesto de una victoria revolucionaria, habría cambiado el mundo de una forma; hoy, en el mismo supuesto, lo cambiaría de otra forma. No quiero hacer profecías, pero no oculto que soy desesperadamente pesimista. El que ha manipulado y transformado radicalmente (antropológicamente) a las grandes masas campesinas y obreras italianas es un nuevo poder que me cuesta definir, aunque estoy convencido de que es el más violento y totalitario de la historia, pues cambia la naturaleza de la gente, entra en lo más hondo de las conciencias. Por lo tanto, bajo las opciones conscientes, hay una opción cautiva, «ya común a todos los italianos», que no puede dejar de deformar las otras.

En cuanto a los otros artículos del *Espresso*, el de Facchinelli no acabo de entenderlo. El oráculo está demasiado «en clave». Al de Colletti no contesto porque es demasiado expeditivo. No se puede discutir con una persona que da claras muestras de querer zanjar el asunto sin tener en cuenta tus razones. Pienso que el breve texto de Fortini podría usarlo a mi favor («cabe preguntarse si ese “no”, por lo menos en parte, no significa también un intento de ver más allá del optimismo “progresista”») y aceptar la ascética invitación a seguir trabajando incluso para las ínfimas minorías; o quizá

esperar a que los «parecidos» de hoy se tornen «diferencias» mañana. Porque yo, en efecto, trabajo para las ínfimas minorías, y si trabajo quiere decir que no desespere (aunque detesto cualquier optimismo, que siempre es un eufemismo). Pero el afán de Fortini por estar siempre en el punto más avanzado de lo que se llama historia —haciéndolo prevalecer sobre los demás— me produce una sensación instintiva de hastío y prevaricación. Dejaré de «decir que la historia ya no existe» cuando Fortini deje de hablar levantando el dedo. En cuanto a Sciascia, le agradezco la sinceridad de su solidaridad (valiente, dado el linchamiento y la tremenda acusación de ser una especie de Plebe que han lanzado contra mí los miserables antifascistas del *Espresso*), pero en su razonamiento sobre las Brigadas Rojas se proyecta la sombra de varios mensajes de Sossi; unos mensajes que, tras un análisis lingüístico, me han parecido tan falsos, infantiles y carentes de humanidad, que dan pie a cualquier sospecha.

...

Fue la propaganda televisiva del nuevo tipo de vida «hedonista» lo que determinó el triunfo del «no» en el referendo. Porque no hay nada menos idealista y religioso que el mundo televisivo. Es verdad que durante todos estos años la censura televisiva ha sido una censura vaticana. Pero el Vaticano no ha comprendido qué debía censurar. Por ejemplo, debía censurar *Carosello*, porque es en *Carosello* donde se exhibe, omnipotente, nítido, tajante, perentorio, el nuevo tipo de vida que los italianos han de imitar. Y no es precisamente un tipo de vida en el que pinte algo la religión. Por otro lado, los programas de carácter específicamente religioso de la televisión son tan aburridos, tan sumamente inexpresivos, que lo mejor que habría podido hacer el Vaticano era

censurarlos todos. El bombardeo ideológico televisivo no es explícito: está en las cosas, es indirecto. Pero nunca se ha podido propagar con tanta eficacia un «modelo de vida» como con la televisión. El tipo de hombre o mujer que cuenta, que es moderno, que debe imitarse y lograrse, no se describe o ensalza, ¡se representa! El lenguaje de la televisión es, por naturaleza, un lenguaje físico-mímico, el lenguaje del comportamiento. Que es trasladado sin más, sin mediaciones, al lenguaje físico-mímico y al lenguaje del comportamiento en la realidad. Los héroes de la propaganda televisiva —jóvenes en moto, chicas al lado de dentífricos— proliferan en millones de héroes semejantes en la realidad.

Justamente por ser totalmente pragmática, la propaganda televisiva representa el aspecto acomodaticio de la nueva ideología hedonista, y por lo tanto es enormemente eficaz.

Si en todos estos años la televisión ha estado al servicio de la Democracia Cristiana y el Vaticano en el plano de la voluntad y la conciencia, en el plano involuntario e inconsciente, por el contrario, se ha puesto al servicio del nuevo poder, que ya no coincide ideológicamente con la Democracia Cristiana y no sabe qué hacer con el Vaticano.

...

Lo que más impresiona cuando se pasea por una ciudad de la Unión Soviética es la uniformidad de la muchedumbre: nunca se advierte ninguna diferencia sustancial entre los transeúntes en el vestir, en los andares, en la seriedad, en las sonrisas, en la gesticulación; en suma, en el comportamiento. El «sistema de los signos» del lenguaje físico-mímico, en una ciudad rusa, no tiene variantes, es totalmente idéntico en todos. ¿Cuál es la proposición primera de este lenguaje físico-mímico?

Es esta: «Aquí no hay diferencias de clase». Y es algo maravilloso. A pesar de todos los errores y las involuciones, a pesar de los crímenes políticos y los genocidios de Stalin (de los que es cómplice todo el mundo campesino ruso), el hecho de que el pueblo ganara en el 17, definitivamente, la lucha de clases, y lograra la igualdad de los ciudadanos, es algo que produce un profundo y apasionante sentimiento de alegría y confianza en los hombres. El pueblo conquistó la libertad suprema, nadie se la regaló. La conquistó.

Hoy en las ciudades de Occidente —pero quiero hablar sobre todo de Italia—, al pasear por la calle, también impresiona la uniformidad de la muchedumbre: aquí tampoco se advierte ninguna diferencia sustancial entre los transeúntes (sobre todo si son jóvenes) en el vestir, en los andares, en la seriedad, en las sonrisas, en la gesticulación; en fin, en comportamiento. Por consiguiente se puede decir que, como en el caso de la muchedumbre rusa, el sistema de signos del lenguaje físico-mímico no tiene variantes, es completamente idéntico en todos. Pero mientras que en Rusia es un fenómeno tan positivo que emociona, en Occidente, en cambio, es un fenómeno negativo y provoca un estado de ánimo que roza el disgusto definitivo y la desesperación.

La proposición primera de este lenguaje físico-mímico es esta: «El Poder ha decidido que seamos todos iguales».

El afán de consumo es un afán de obediencia a una orden no pronunciada. En Italia todos sienten ese afán, degradante, de ser iguales a los demás cuando se trata de consumir, de ser felices, de ser libres, porque tal es la orden que inconscientemente han recibido y «deben» obedecer para no sentirse distintos. Nunca la diversidad ha sido una culpa tan espantosa como en este período

de tolerancia. La igualdad no se ha conquistado, es una falsa igualdad regalada.

...

Una de las principales características de esta igualdad que se expresa en la vida, además de la fosilización del lenguaje verbal (los estudiantes hablan como libros impresos, los chicos del pueblo han perdido la inventiva jergal) es la tristeza. La alegría siempre es exagerada, ostensible, agresiva, ofensiva. La tristeza física de la que hablo es profundamente neurótica. Obedece a una frustración social. Ahora que el modelo social ya no es el de la propia clase, sino otro impuesto por el poder, son muchos los que se ven incapaces de alcanzarlo. Eso les humilla tremendamente. Pondré un ejemplo, muy humilde. Antes el mozo de la tahona, o *cascherino*, como se llama aquí en Roma, estaba siempre, eternamente, alegre. Era una alegría verdadera, que le chispeaba en los ojos. Iba por la calle silbando y soltando ocurrencias. Su vitalidad era irresistible. Vestía de un modo mucho más pobre que ahora: llevaba los pantalones remendados y la camisa a menudo andrajosa. Pero todo eso formaba parte de un modelo que en su barrio tenía un valor, un sentido. Y él estaba orgulloso. En el mundo de la riqueza tenía, para oponerle, otro mundo igual de válido. Llegaba a la casa del rico con una risa *naturaliter* anarquista, que lo desacreditaba todo, aunque tuviese una actitud respetuosa. Pero su respeto era el de una persona profundamente ajena. Y lo que de verdad cuenta: esa persona, ese muchacho, estaba alegre.

¿No es la felicidad lo que cuenta? ¿No es la felicidad por lo que se hace la revolución? La condición campesina o subproletaria sabía expresar, en las personas que la experimentaban, cierta felicidad «real». Hoy en día esta felicidad —con el Desarrollo— se ha perdido.

Lo que significa que el Desarrollo no es en absoluto revolucionario, ni siquiera cuando es reformista. Lo único que produce es angustia. Ahora hay adultos de mi edad tan aberrantes que prefieren la seriedad (casi trágica) con que el *cascherino* lleva hoy su paquete envuelto en plástico, con melena y bigotito, a la alegría «tonta» de antes. Creen que preferir la seriedad a la risa es un modo viril de afrontar la vida. En realidad son unos vampiros que se alegran de que sus víctimas inocentes también se hayan vuelto vampiros. La seriedad y la dignidad son horribles deberes que se impone la pequeña burguesía, y los pequeños burgueses se alegran al ver que los muchachos del pueblo también se han vuelto «serios y dignos». No se les ocurre que esa es la verdadera degradación, que los muchachos del pueblo están tristes porque han perdido la conciencia de su inferioridad social, dado que sus valores y modelos culturales han sido destruidos.

...

Los comunistas piensan ingenuamente que (por ejemplo, con el referendo) está empezando a recogerse la cosecha que sembraron, y no se dan cuenta de que la «participación» de las masas en las grandes decisiones históricas «formales» en realidad obedece a un plan del poder, que necesita un consumo de masas y una cultura de masas. La masa «partícipe», aunque formalmente sea comunista o progresista, está manipulada por el poder mediante la imposición de otros valores y otras ideologías. La imposición se produce en la vivencia, y es en la vivencia donde tiene lugar su adopción. De modo que las masas viven nuevos valores y nuevas ideologías (el clericalismo por un lado, el progresismo por otro).

Por desgracia este «momento» de inmovilismo y oficialidad del PCI ha quedado perfectamente plasmado

en la polémica que ha mantenido conmigo Maurizio Ferrara en las columnas de *L'Unità*. En ella hace gala de una mezquindad indigna de un dirigente del partido italiano más importante. Ni siquiera el *Borghese* ha osado poner en duda cierta calidad de mi cultura, mencionando junto al mío nombres como Lombroso o Carolina Invernizio. Pero esta ofensa de Ferrara va dirigida más contra los lectores de *L'Unità* que contra mí. Por respeto a esos lectores no usaré el mismo método contra él. En conclusión, Ferrara no replica políticamente a ninguna de las cuestiones que planteo. Silencio absoluto sobre mi hipótesis de una derrota del PCI en el referendo, dado que las previsiones del partido eran pesimistas e incluso se temían la derrota. Lo cual delata un análisis equivocado de la situación real del pueblo italiano, tremendamente equivocado. Silencio absoluto sobre el vacío que ha dejado objetivamente en el mundo campesino, con sus valores negativos y positivos. Silencio absoluto sobre los nuevos valores adoptados por las clases medias, con la consiguiente superación efectiva del clericalismo y el paleofascismo. Silencio absoluto sobre los aspectos «escandalosos» del nuevo fascismo, que invalidan el antifascismo clásico. Silencio absoluto sobre la relación racista con los fascistas jóvenes y adolescentes. La respuesta de Ferrara consiste: a) en la pura y simple afirmación retórica de la presencia del PCI (¡que nadie ha puesto en duda!); b) en una serie de suposiciones infundadas sobre mis opiniones, que ante todo consisten en atribuirme una añoranza que no tengo. No añoro la Italia, sino el inmenso mundo campesino y obrero anterior al Desarrollo, un mundo transnacional de la cultura, internacional en el sentido marxista. En segundo lugar, Ferrara —sin conocer la semiología, una ciencia con la que se ha topado de repen-

te— me acusa de culturismo y esteticismo simplemente porque me refiero a ellos. Son las lagunas culturales de Ferrara —que evidentemente no ha leído ningún libro desde los tiempos de Lombroso y Carolina Invernizio— las que le presentan como experiencias estéticas todas aquellas que sus lagunas culturales y humanas le impiden tener. Me da un rapapolvo trivial diciéndome que lo que cuenta no son las caras, sino los cerebros de la gente. Pues bien, el *cascherino* del que acabamos de hablar, con su mera presencia física, revela (como millones de semejantes suyos): 1) que en su cerebro se han depositado esos «valores» de la civilización capitalista de consumo que lo convierten en un pequeño burgués incapaz de llevar a la práctica dichos valores; 2) que, por consiguiente, o acepta el desarrollo o el PCI del «todo va bien»; 3) su frustración y la agresividad resultante podrían aceptar «también» las consignas revolucionarias de *Lotta Continua* y *Potere Operaio*, porque ha llegado ya a un nivel de mala conciencia, y también de vulgaridad, que le permiten adoptar excepcionalmente el mensaje extremista (en el caso de que alguien lo pronunciase).

...

El fascismo es una lastimosa ruina. La encuesta de Bocca y Nozza en *Il Giorno* es un deber escolar equivocado y aburrido. Porque de todas las piezas que forman en Italia el mosaico fascista sólo tienen sentido las que están manipuladas por la CIA y otras fuerzas del capitalismo internacional, volcado en la conquista de los mercados: es decir, de naciones alegres, bastante libres, bastante tolerantes, perfectamente hedonistas, nada militaristas y nada clericales (por ser tendencias incompatibles con el consumo). Puede haber un caso límite, como el de Chile. Entonces se recurre a la fuerza y a una vuelta provisional al fascismo clásico. En cambio se



dan casos como el de Portugal, que debía dejar de ser una nación severa, ahorradora, arcaica, y entrar de una vez en el gran universo del consumo. Probablemente, Estados Unidos propició un acuerdo entre Spínola y Caetano. De los dos, el peor fascista «real» es Spínola (entre otras cosas me dicen que combatió con una formación portuguesa junto a las ss), porque a mi juicio el totalitarismo del capitalismo es peor que el totalitarismo del viejo poder. En efecto —mira por dónde— el totalitarismo del viejo poder no pudo ni siquiera arañar al pueblo portugués, como lo demuestra el 1 de mayo. El pueblo portugués ha celebrado el mundo del Trabajo —llevaba 40 años sin hacerlo— con una lozanía, un entusiasmo, una sinceridad absolutamente intactos, como si la última vez hubiera sido ayer mismo. En cambio, cinco años de «fascismo consumista» pueden cambiar radicalmente las cosas: empezará el aburguesamiento sistemático del pueblo portugués y ya no quedará espacio ni ánimo para los ingenuos anhelos revolucionarios. Ayer hubo una conferencia de prensa de Marco Pannella. Hablando con maravillosa vivacidad y alegría, a pesar de los cincuenta días de ayuno, Pannella pronunció una frase que quizá pocos hayan entendido: «Son paleofascistas y por eso no son fascistas». Me gustaría que esta frase fuese el epígrafe de nuestra entrevista.

16 de julio de 1974

*El fascismo de los antifascistas* \*

Marco Pannella lleva más de setenta días de ayuno. Ha llegado al límite; los médicos empiezan a estar verdaderamente preocupados y, más aún, asustados. Por otro lado, no se ve la menor posibilidad de que algún acontecimiento nuevo le permita suspender su ayuno, que puede ser mortal (hay que añadir que otros cuarenta compañeros suyos se le han ido sumando).

Ningún representante del poder parlamentario (es decir, tanto del gobierno como de la oposición) parece dispuesto en lo más mínimo a «comprometerse» con Pannella y sus compañeros. Parece que la vulgaridad del realismo político no puede encontrar ningún punto de contacto con el candor de Pannella, lo que le permitiría exorcizar y englobar su escándalo. El desprecio teológico le rodea. Por un lado Berlinguer y el cc del pci, por otro los viejos poderosos democristianos. En cuanto al Vaticano, hace ya mucho tiempo que los católicos se olvidaron de ser cristianos. Nadie debe extrañarse y veremos por qué. Pero también son renuentes, escépticos y cobardemente evasivos frente al mensaje de Pannella los «menores» (es decir, los que tienen menos poder), como los llamados «católicos del no»; o los progresistas más libres (que intervienen en apoyo de Pannella sólo

\* En *Corriere della Sera* con el título «Apriamo un dibattito sul caso Pannella» (Abramos un debate sobre el caso Pannella).

de Calvino, pienso que —sin renunciar a nuestra tradición mental humanista y racionalista— ya no debemos tener miedo —como teníamos antes, con razón— de no desacreditar lo suficiente lo sagrado, o de tener un corazón.

1 de febrero de 1975

*El artículo de las luciérnagas\**

«La distinción entre fascismo adjetivo y fascismo sustantivo se remonta nada menos que al diario *Il Politecnico*, es decir, a la posguerra inmediata...». Así empieza un artículo de Franco Fortini sobre el fascismo (*L'Europeo*, 26-12-1974); un artículo que, como se suele decir, suscribo por completo, plenamente. Pero no puedo suscribir su tendencioso principio. Porque la distinción entre «fascismos» que hace el *Politecnico* no es pertinente ni actual. Todavía podía valer hace diez años, cuando el régimen democristiano era la pura y simple continuación del régimen fascista.

Pero hace diez años sucedió algo. Algo que no existía y no era previsible no solo en los tiempos del *Politecnico*, sino ni siquiera un año antes de que sucediese (o incluso, como veremos, mientras sucedía).

La comparación real entre «fascismos» no puede hacerse, cronológicamente, entre un fascismo fascista y un fascismo democristiano, sino entre un fascismo fascista y un fascismo radical, total, imprevisiblemente nuevo que nació de ese algo que sucedió hace diez años.

Como soy un escritor y escribo en polémica, o por lo menos discuto, con otros escritores, permítanme que haga una definición de carácter poético-literario de aquel fenómeno que sucedió en Italia hace diez años.

\* En *Corriere della Sera* con el título «Il vuoto del potere in Italia» (El vacío de poder en Italia).

Servirá para simplificar y abreviar nuestro razonamiento (y probablemente para entenderlo mejor).

A principios de los años sesenta, debido a la contaminación del aire y, sobre todo, en el campo, debido a la contaminación del agua (los ríos azules y las acequias transparentes), empezaron a desaparecer las luciérnagas. El fenómeno fue fulminante y fulgurante. Al cabo de unos años ya no había luciérnagas. (Ahora son un recuerdo, bastante desolador, del pasado: y un hombre viejo que tenga ese recuerdo no puede reconocerse a sí mismo joven en los nuevos jóvenes, y por lo tanto no puede tener las hermosas añoranzas de antaño.)

A ese algo que sucedió hace diez años lo llamaré, pues, «la desaparición de las luciérnagas».

El régimen democristiano ha tenido dos fases completamente distintas que no solo son incomparables entre sí, lo que implicaría cierta continuidad, sino también históricamente inconmensurables.

La primera fase de este régimen (como acertadamente han insistido en llamarlo siempre los radicales) es la que va del final de la guerra a la desaparición de las luciérnagas; la segunda fase es la que va de la desaparición de las luciérnagas hasta hoy. Observémoslas de una en una.

*Antes de la desaparición de las luciérnagas.* La continuidad entre fascismo fascista y fascismo democristiano es completa y absoluta. Callo sobre lo que al respecto se decía también entonces, quizá incluso en las páginas del *Politecnico*: la falta de depuración, la continuidad de los códigos, la violencia policial, el desprecio a la Constitución. Y me detengo en lo que luego ha contado para la conciencia histórica retrospectiva. La democracia que los antifascistas democristianos oponían a la dictadura fascista era desvergonzadamente formal.

Se basaba en una mayoría absoluta obtenida gracias al voto de enormes sectores de clases medias y enormes masas campesinas, manejados por el Vaticano. Este manejo del Vaticano sólo era posible en un régimen totalmente represivo. En aquel mundo los «valores» que contaban eran los mismos que para el fascismo: la Iglesia, la patria, la familia, la obediencia, la disciplina, el orden, el ahorro, la moralidad. Estos «valores» (como durante el fascismo) eran también reales, es decir, pertenecían a las culturas peculiares y concretas que formaban la Italia arcaicamente agrícola y paleoindustrial. Pero al asumirse como «valores» nacionales perdían su realidad y se convertían en un atroz, estúpido y represivo conformismo de Estado: el conformismo del poder fascista y democristiano. El provincianismo, la tosquedad y la ignorancia tanto de las elites como, a distinta escala, de las masas, eran iguales tanto durante el fascismo como durante la primera fase del régimen democristiano. Los paradigmas de esta ignorancia eran el pragmatismo y el formalismo vaticanos.

Todo esto resulta claro e inequívoco hoy, porque entonces los intelectuales y los opositores albergaban insensatas esperanzas. Se esperaba que todo eso no fuese completamente verdad y que la democracia formal significase en el fondo algo.

Antes de pasar a la segunda fase debo dedicar unas líneas al momento de transición.

*Durante la desaparición de las luciérnagas.* En este periodo la distinción entre un fascismo y otro que hace *Il Politecnico* aún podía valer. En efecto, tanto el gran país que estaba formándose dentro del país —la masa obrera y campesina organizada por el PCI— como los intelectuales más avanzados y críticos, no se habían percatado de que «las luciérnagas estaban desaparecien-

do». Estaban bastante bien informados por la sociología (que en aquellos años había puesto en apuros el método de análisis marxista), pero eran informaciones no experimentadas aún, en sustancia formalistas. Nadie podía sospechar la realidad histórica que habría sido el futuro inmediato, ni identificar lo que entonces se llamaba bienestar con el desarrollo que llevaría a cabo en Italia por primera vez, plenamente, el genocidio del que hablaba Marx en el *Manifiesto*.

*Después de la desaparición de las luciérnagas.* Los «valores», nacionalizados y por tanto falsificados, del viejo mundo agrícola y paleocapitalista, de pronto ya no cuentan. La Iglesia, la patria, la familia, la obediencia, el orden, el ahorro y la moralidad ya no cuentan. Y tampoco sirven ya, porque son falsos. Sobreviven en el clericalfascismo marginal (incluso el MSI, en sustancia, los repudia). Les sustituyen los «valores» de un nuevo tipo de civilización, totalmente distinta de la civilización campesina y paleoindustrial. Esta experiencia ya la habían tenido otros estados. Pero en Italia es especial, porque se trata de la primera unificación real de nuestro país, mientras que en otros países se superpone, con cierta lógica, a la unificación monárquica y a la posterior unificación de la revolución burguesa e industrial. El trauma italiano del contacto entre el arcaísmo pluralista y la nivelación industrial quizá tenga un solo precedente, la Alemania anterior a Hitler. También aquí los valores de las culturas particularistas fueron destruidos por la violenta homologación de la industrialización, con la consiguiente formación de aquellas enormes masas, ya no antiguas (campesinas, artesanas) ni todavía modernas (burguesas) que nutrieron el cuerpo salvaje, aberrante, imponderable de las tropas nazis.

En Italia está sucediendo algo parecido, y con más violencia aún, porque la industrialización de los años setenta es una «mutación» decisiva incluso comparada con la alemana de hace cincuenta años. Como todos saben, no estamos ya frente a «tiempos nuevos», sino a una nueva época de la historia humana, de esa historia humana cuyos plazos son milenarios. Era imposible que los italianos reaccionasen peor de como lo hicieron ante semejante trauma histórico. En unos años se convirtieron (sobre todo en el Centro-Sur) en un pueblo degenerado, ridículo, monstruoso, criminal. Para entenderlo basta con salir a la calle. Pero naturalmente, para entender los cambios de la gente, hay que amarla. Yo, lamentablemente, a esta gente italiana la había amado, tanto desde fuera de los esquemas del poder (al contrario, en oposición desesperada a ellos) como desde fuera de los esquemas populistas y humanitarios. Se trataba de un amor real, radicado en mi modo de ser. De modo que vi «con mis sentidos» cómo el comportamiento impuesto por el poder del consumo rehacía y deformaba la conciencia del pueblo italiano, hasta una degradación irreversible. Algo que no había ocurrido durante el fascismo fascista, un periodo en que el comportamiento estaba completamente dissociado de la conciencia. En vano se obstinaba el poder «totalitario» en imponer sus modelos de comportamiento: la conciencia no estaba implicada. Los modelos fascistas solo eran máscaras de quita y pon. Cuando cayó el fascismo fascista, todo volvió a ser como antes. Se ha visto también en Portugal: después de cuarenta años de fascismo el pueblo portugués ha celebrado el primero de mayo como si el último lo hubiera celebrado el año anterior.

Es ridículo, pues, que Fortini sitúe la distinción entre un fascismo y otro al principio de la posguerra: la

distinción entre el fascismo fascista y el fascismo de esta segunda fase del poder democristiano no tiene parangón, no solo en nuestra historia, sino probablemente en toda la historia.

Pero no escribo este artículo sólo para polemizar sobre este particular, por mucho que me interese. Escribo este artículo, en realidad, por una razón bien distinta. Es esta.

Todos mis lectores se habrán dado cuenta del cambio producido en los capitostes democristianos: en pocos meses se han convertido en máscaras fúnebres. Ciertamente, siguen exhibiendo sonrisas radiantes, de una sinceridad increíble. En sus pupilas luce una chispa auténtica, satisfecha, de buen humor. Siempre que no sea la chispa pícara de la astucia y el ardid. Algo que los electores, al parecer, aprecian tanto como la felicidad plena. Además, nuestros capitostes siguen pronunciando, impertérritos, sus peroratas incomprensibles, en las que flotan los *flatus vocis* de las tópicas promesas de siempre.

En realidad son máscaras. Estoy seguro de que, al levantar esas máscaras, no se encontraría ni siquiera un montón de huesos o de ceniza: allí estaría la nada, el vacío.

La explicación es sencilla. Hoy, en realidad, hay un dramático vacío de poder en Italia. Pero entendámonos: no es un vacío de poder legislativo o ejecutivo, no es un vacío de poder directivo ni, por último, un vacío de poder político en cualquier sentido tradicional. Sino un vacío de poder en sí mismo.

¿Cómo hemos llegado a este vacío? Mejor dicho, ¿cómo han llegado a él los hombres de poder?

La explicación, una vez más, es sencilla. Los hombres de poder democristianos pasaron de la «fase de las

luciérnagas» a la «fase de la desaparición de las luciérnagas» sin darse cuenta. Por cercano que pueda esto parecer a la criminalidad, su inconsciencia al respecto fue total: no sospecharon ni por asomo que el poder que ejercían y manejaban no estaba experimentando una evolución «normal», sino cambiando radicalmente de naturaleza.

Habían imaginado que en su régimen todo iba a permanecer sustancialmente igual; que, por ejemplo, podrían contar eternamente con el Vaticano, sin darse cuenta de que el poder que ellos mismos seguían ejerciendo y manejando ya no sabía qué hacer con el Vaticano como centro de una vida campesina, retrógrada, pobre. Habían imaginado que podrían contar eternamente con un ejército nacionalista (lo mismo que sus predecesores fascistas) y no veían que el poder que ellos seguían ejerciendo y manejando ya estaba sentando las bases de ejércitos nuevos transnacionales, casi policías tecnocráticas. Lo mismo cabe decir de la familia, obligada, sin solución de continuidad desde los tiempos del fascismo, al ahorro y a la moralidad: ahora el poder del consumo le imponía cambios radicales, hasta aceptar el divorcio y ya, parcialmente, todo lo demás, sin límites (o por lo menos hasta los límites consentidos por la permisividad del nuevo poder, peor que totalitario en cuanto violentamente totalizador).

Los hombres del poder democristianos sufrieron todo esto creyendo que lo administraban. No se dieron cuenta de que era otro, inconmensurable no solo con ellos sino con toda una forma de civilización. Como siempre (cf. Gramsci), solo en la lengua se han advertido síntomas. En la fase de transición —durante la «desaparición de las luciérnagas»— los hombres del poder democristianos cambiaron casi bruscamente su modo

de expresarse y adoptaron un lenguaje completamente nuevo (tan incomprensible como el latín). Sobre todo Aldo Moro, es decir (por una enigmática correlación), el que parece menos implicado de todos en las cosas horribles que se han organizado desde el 69 hasta hoy, en el intento, hasta ahora formalmente exitoso, de conservar el poder a toda costa.

Digo formalmente porque, repito, los capitostes democristianos, con sus maniobras de autómatas y sus sonrisas, en realidad están tapando un vacío. El poder real procede sin ellos, y lo único real que queda de ellos al manejar esos mecanismos inútiles son sus lúgubres chaquetas cruzadas.

No obstante, en la historia no puede subsistir el vacío. Sólo se puede hablar de él en abstracto o en una reducción al absurdo. Lo más probable es que el vacío del que hablo ya se esté llenando a través de una crisis y un reajuste que no dejará de alterar profundamente la nación. Una señal, por ejemplo, es la espera morbosa del golpe de Estado. Como si solo se tratara de sustituir al grupo de hombres que nos ha gobernado de un modo tan espantoso durante treinta años, llevando a Italia al desastre económico, ecológico, urbanístico y antropológico. En realidad la falsa sustitución de estos fantoches por otros fantoches (más fúnebremente carnavalescos todavía) mediante un refuerzo artificial de los viejos aparatos del poder fascista, no serviría de nada (y quede claro que, en tal caso, la «tropa» ya sería, por su constitución, nazi). El poder real al que han servido los «fantoches» durante diez años sin darse cuenta de su realidad: eso sí que habría podido llenar el vacío (frustrando también la posible participación en el gobierno del gran país comunista que nació de la ruina de Italia, porque no se trataba de gobernar). De este poder real tenemos

imágenes abstractas y en el fondo apocalípticas. No sabemos representarnos qué formas tomaría al sustituir a sus servidores, que lo han confundido con una simple «modernización» de técnicas. De todos modos, por mi parte (si mi postura tiene algún interés para el lector), quede claro: yo daría toda la Montedison, por muy multinacional que sea, a cambio de una luciérnaga.